

THE HORUS HERESY®

LA MARCA DE CALTH

Edición de Laurie Goulding

timunmas



THE HORUS HERESY®

LA MARCA
DE CALTH

Edición de Laurie Goulding

timun**mas**

Título original: *Mark of Calth*
Traducción: Gemma Gallart Álvarez

Ilustración de cubierta y de la pág. 1: Neil Roberts
Ilustraciones de interior: Karl Richardson

Mark of Calth, *La marca de Calth*, GW, Games Workshop, Warhammer, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes y la imagen distintiva están registrados en los distintos países como ® o TM y/o © Games Workshop Limited y usados bajo licencia. Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada originalmente en Gran Bretaña en 2013 por Black Library Games Workshop Limited.,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK
www.blacklibrary.com

© Games Workshop Limited 2013

© De la traducción Games Workshop Limited. 2013. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2016
© Editorial Planeta, S. A., 2016
Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona
Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.timunmas.com
www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0332-9
Preimpresión: Keiko Pink & the Bookcrafters
Depósito legal: B 13041-2016
Impreso en España por Romanyà Valls, S.A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

ÍNDICE

Los Fragmentos de Erebus	9
<i>Guy Haley</i>	
El Calth que fue	111
<i>Graham McNeill</i>	
Corazón oscuro	129
<i>Anthony Reynolds</i>	
El viajero	147
<i>David Annandale</i>	
Una oscuridad más intensa	191
<i>Rob Sanders</i>	
La Guerra Subterránea	227
<i>Aaron Dembski-Bowden</i>	
Athame	241
<i>John French</i>	
No marcado	241
<i>Dan Abnett</i>	

El cántico de los sacerdotes humanos menores de Erebus alcanzó su punto culminante mientras este extraía la espada anam de su envoltorio sagrado. Con gesto reverencial, el apóstol oscuro alzó el arma: una mano sobre la empuñadura, la otra bajo la hoja con la palma abierta para que su carne no tocara el mortífero filo.

Sin estar forjada ni de metal ni de piedra, la espada poseía características de ambos materiales y tenía un tacto cálido, como si estuviera viva. Era el arma que había robado a los interexianos, la espada que había herido al señor de la guerra y lo había devuelto al buen camino. Era un objeto sagrado, y clave en una conjura que abarcaba decenas de miles de años.

Y ahora él debía profanarlo.

Ofreció la espada a las estatuas de los cuatro poderes que dominaban el espacio del sacellum de la *Mano del Destino*. Pronunció oraciones y conjuros, saludando a los aterradores señores de la disformidad, de uno en uno. Una fila de ocho sacerdotes del culto que portaban incensarios e iconos seguía cada uno de sus movimientos, añadiendo a las súplicas un coro de sus propias voces. Los sacerdotes se colocaron detrás de Erebus en procesión mientras este avanzaba con solemnidad hasta el altar mayor del Octeto que dominaba la nave. Al apóstol oscuro le tenían sin cuidado los simples mortales, pero esos sacerdotes formaban parte de sus siervos de mayor confianza.

Lo que estaba haciendo tenía que permanecer en secreto hasta el momento oportuno. Las puertas estaban atrancadas. Sus guardaespaldas montaban guardia al otro lado.

Habían colocado un yunque ante la gran estrella de latón y hierro, fundido y consagrado especialmente para el único propósito de ese ritual. Artesanos encapuchados aguardaban a cada lado: Guldire, el principal herrero de la disformidad del apóstol oscuro, y su aprendiz más aventajado a su espalda. Ellos le ayudarían en la tarea, dirigiendo sus golpes a la vez que canalizaban hacia el exterior las energías malignas que todavía podían desencadenarse.

Los herreros de la disformidad no recularon cuando Erebus les apuntó con la temible espada. A continuación, este sujetó la empuñadura con ambas manos y alzó el anam, con la punta hacia arriba, hasta su frente. Con los ojos cerrados y musitando plegarias a toda velocidad, colocó el arma sobre el yunque; el arma sagrada que había conducido a Horus Lupercal a la luz.

Los sacerdotes dejaron en el suelo los iconos y extinguieron las antorchas que llevaban, luego sacaron los athames que llevaban en las mangas. Su cántico se volvió más profundo.

Erebus tomó un martillo con runas grabadas que le tendía el aprendiz de herrero de la disformidad. La cabeza finalizaba en una punta terrible, como la de un pico, y chisporroteaba con la energía suave de un campo de disrupción.

El apóstol oscuro contempló la hoja durante un larguísimo instante. Lo que debió hacer parecía un sacrilegio, pero el arma había cumplido su propósito.

Bajo esa forma, al menos.

Inmovilizó la hoja sobre el yunque con firmeza. Sin dejar de murmurar encantamientos proscritos arrancados de las mentes de difuntos metalúrgicos kinebrachs, alzó el martillo por encima de la cabeza y lo descargó con violencia. La punta centelleó con violencia al entrar en contacto con las aleaciones arcanas del anam. Sonó un potente estampido, y un alarido pavoroso, como si el arma misma gritara de dolor, y los sacerdotes se hundieron los athames ceremoniales en el corazón.

Lo hicieron por voluntad propia. Lo que Erebus les había pedido era un gran honor, la primera unción de un arma nueva contra el Falso Emperador. Su sangre discurrió por las losas de piedra mientras caían, sus espíritus penetraron jubilosos en la disformidad al mismo tiempo que el himnario cesaba en forma de estertores entrecortados. Erebus oró para que los débiles espíritus de los sacerdotes demostraran ser ofrenda suficiente.

La espada culebreó en su mano; aunque sus ojos no vieron el movimiento, sintió cómo se estremecía y removía, tan musculosa y mortífera como una serpiente.

Gritó en la negra lengua de los kinebrachs y percibió el desplazamiento del aire bajo la carga maligna de los sonidos. Golpeó con el martillo una vez más, y luego otra.

Un estallido como el de un trueno. Un fognazo de luz verdosa.

Erebus retrocedió, y el martillo salió disparado de la mano, girando sobre sí mismo, para aterrizar en la sangre que se acumulaba sobre la cubierta. Estuvo a punto de caer él también, empujado por la parte del sagrado poder del arma que había liberado. Tenía el fornido brazo entumecido hasta el hombro, y la mano centelleaba envuelta en dolorosas descargas eléctricas.

Volvió a acercarse al yunque con cautela. La espada emitía un tintineo cada vez más apagado. Junto a ella descansaba una esquirra de la longitud de un dedo de las misteriosas aleaciones de la hoja. El anatam refulgía con una calina; estaba mermado, pero seguía entero. Erebus sintió un temor reverencial ante aquel asesino de dioses, aquella herramienta del fin de los tiempos.

Sonrió satisfecho y miró a sus herreros de la disformidad.

—Coged el fragmento. Colocadlo en la solución.

Guldire inclinó la encapuchada cabeza y retiró con destreza la esquirra del yunque con unas tenazas negras de hierro. El pedazo siseó y chispeó en el aire helado. Sacó una jarra de rubí desarrollado en sangre, llena de un líquido de un rojo aún más oscuro, en cuyo interior depositó el fragmento. El herrero de la disformidad enroscó la tapa del recipiente, sellándola con cera negra y símbolos estampados en ella.

Erebus se frotó el hombro. Hizo caso omiso del dolor. El dolor era lo menos importante de todo lo que le pondría a prueba en los meses y años venideros. Recogió el martillo, sujetó con fuerza la empuñadura del anatam y volvió a pronunciar los conjuros de creación y destrucción.

El martillo descendió.

Otras siete veces rompió Erebus la oscura espada; siete esquirras más fueron encomendadas a sus herreros de la disformidad, antes de que diera por finalizada su tarea. La angustia del arma se desvaneció.

El sacellum quedó por fin en silencio. Los oídos le zumbaban y alzó la cabeza con un gran esfuerzo. El sudor le corría a raudales por el rostro; se sentía febril, los brazos le pesaban como plomo.

—Ya está —dijo con voz débil, aunque todavía quedaba mucho que hacer.

El aire estaba contaminado; el sacellum prácticamente zumbaba indignado, su animus estaba ofendida por el sacrilegio de Erebus. El universo mismo sabía que lo que había hecho era una afrenta al orden natural, y que lo había hecho en su propio beneficio.

Le satisfizo el desconcierto que mostraba la realidad. Él era un apóstol oscuro, primer capellán y portador de la auténtica fe. El suyo era un fin más elevado: la voluntad de los dioses guiaba su mano.

«Dadme fuerzas ahora», pensó, «para abrazar mi destino». Todo estaba en marcha, y la XIII Legión tenía los días contados. Había visto la necesidad de integrar sus propios objetivos en los planes de Lorgar, y la rotura del anatam no era más que el primer paso en un sendero mucho más largo.

Posó la mirada sobre la menguada hoja. Se desembarazaría de ella, trasasándola a otro tal y como le habían indicado en un principio.

—Llevad los fragmentos a la fragua —ordenó a los herreros de la disformidad—. Avisadme cuando estén listos.

En el interior de su santuario, el hechicero Quor Vondar, bibliotecario jefe de los Word Bearers, dejó que sus sentidos extrasensoriales se desplegaran. La tosca materia del espacio real desapareció y contempló con deleite la grandeza de la disformidad que quedaba al descubierto.

De haber habido alguien más con él en el pequeño aposento, habría visto cómo aparecía, despacio, una sonrisa en su rostro.

Ahí había poder, era el auténtico reino de los dioses. Sus mareas lo acariciaron, la calidez de sus energías vitales fortalecían cuerpo y mente. Entes temibles acechaban en las profundidades, pero no les prestó atención; era el unguento de la Legión, y su fe en los poderes del universo que le habían sido revelados era su escudo. Los demonios descarnados que nadaban en el mar de almas eran servidores menores: carecían de alma. No eran tan poderosos como él.

—«Elegido de los dioses».

Los más débiles entre los moradores de la disformidad se inclinaron ante él y buscaron su favor. Le musitaron su lealtad, le prometieron gran poder y clarividencia si los liberaba.

—«¡Abre tu mente!» —entonaron—. «¡Déjanos entrar! ¡Déjanos entrar!»

Quor Vondar no abrió la mente. Lo suyo no era la posesión, pues estaba por encima de tales burdas exhibiciones de devoción. Que fueran los

Gal Vorbak quienes buscaran el favor de aquellos oportunistas; él podía manejar las energías de la disformidad directamente. Podía arrasar a sus enemigos con tan solo un pensamiento. Podía canalizar el poder de los dioses en un glorioso estallido destructor. No, no necesitaba lo que los demonios prometían y los rechazó con desdén. Las mentes de las criaturas retrocedieron a toda prisa, lloriqueando, al interior de la agitación impersonal del empiro.

¡Ah!, qué equivocado estaba el Emperador al negarles aquello a sus sirvientes. Estaba tan equivocado, tanto. El denominado Señor de la Humanidad era un mentiroso, un falso profeta que mantenía oculta la naturaleza auténtica del poder. Un dios de mentirijillas, indigno de la adoración de los Word Bearers. Quor Vondar sospechaba que el Emperador había rechazado la veneración de aquellos guerreros solo para que ansiaran aún más su bendición, obligando a los leales a arrodillarse en el suelo de Monarchia. Ahora la XVII Legión lo comprendía, y el poder que el Emperador trataba de conservar para sí mismo les pertenecía a ellos.

Necio. Moriría. Tan seguro estaba de la obediencia gimoteadora de sus hijos, que probablemente seguía sin tener conocimiento de la guerra, que iba cobrando impulso tras las magistrales victorias de Horus en el sistema Istvan. Vivía en una bendita ignorancia, pero pronto pagaría por su egoísmo.

Algo perturbó las reflexiones de Quor Vondar. No percibió ningún movimiento inusual en el empiro, y los centinelas a su servicio no lanzaron ninguna advertencia, pero había... algo.

Murmurando encantamientos de protección para salvaguardar su salida de la disformidad, deslizó la mente fuera de su comunión impía y abrió los ojos.

Estaba solo en el santuario. Los seres ominosos que montaban guardia sobre su figura cavilosa permanecían tranquilos.

Una corriente de aire inesperada hizo que las velas colocadas sobre la capilla ante la que oraba titilaran. Se puso en pie, las vestiduras cubiertas de brocados susurraron, y... ahí estaba, otra vez. Giró en círculo siguiendo el movimiento, una oleada de llamas amarillas parpadeaban sobre aquellos pilares de cera negra. La corriente de aire recorrió dos veces la estancia, mientras la luz centellaba insolente sobre las estatuas como retándolo a adivinar qué la causaba. Con todo, sus guardianes seguían sin dar ninguna señal de alarma.

En ese momento el valor de Quor Vondar flaqueó. Reprimió el impulso de gritar, convirtiendo las palabras no formadas en un gruñido

de cólera. Recorrió con cautela el sombrío espacio, haciendo una pausa para efectuar una genuflexión ante el gran Octeto. Eso pareció calmar la perturbación, pues el movimiento cesó.

¿Qué podía presagiar aquello? Tal vez era un mensaje, una prueba enviada por los dioses. Le gustaba pensar que era tan importante como para que eso sucediera. Perplejo aún, regresó al centro de la habitación.

Profirió un grito ahogado y se le enredó la mano en la túnica mientras buscaba el mango de su daga.

En mitad de la habitación había un cuchillo, clavado en el centro del círculo de protección; justo en el sitio en el que había estado sentado hasta hacía muy poco.

Quor Vondar vaciló al acercarse a él. La hoja negra esparcía un aura de malicia. El cuchillo parecía hecho de un metal oscuro, descantillado como si fuera pedernal, y sin embargo lo habían hundido en las planchas de platiacero de la cubierta sin que se rompiera. De la empuñadura envuelta en cuero colgaban cintas color rojo oscuro con textos sagrados grabados en ellas.

La punta del arma mantenía clavado en el suelo un mensaje, escrito en exquisito pergamino.

Quor Vondar reconoció la caligrafía, era la del apóstol oscuro Erebus, consejero de Horus, que llevaba unos cuantos meses lejos de la flota de los Word Bearers. Nadie sabía adónde había ido.

El bibliotecario dominó la inquietud que sentía, agarró el mango del cuchillo y lo extrajo con facilidad de la cubierta. Sintió que el arma hormigueaba en su mano. Arrancó el mensaje de la hoja y empezó a leer.

Frunció el entrecejo y arrugó el pergamino, haciendo una bola con él.

—Que me llame —masculló el hechicero bibliotecario—. Ya veremos quién es el amo.

Phael Rabor despertó de su duermevela con un sobresalto, alcanzando un estado de alerta total en un instante. Algo iba mal. Abandonó de un brinco el catre y permaneció en pie, desnudo, con los sentidos bien aguzados, con los músculos en tensión y listo para el combate.

La celda que ocupaba estaba oscura. Los motores de la nave vibraban casi imperceptiblemente a través del metal bajo sus pies descalzos, mientras esta se abría paso a través de la disformidad. El zumbido monótono de la maquinaria del interior del casco importunaba los márgenes de su audición incrementada, y el olor a cuerpos sin lavar —tanto de

legionarios como de siervos mortales— permanecía en el pasillo al otro lado de la puerta.

Allí no había nadie en aquel momento, sin embargo la sensación de desasosiego persistió, una impresión de desequilibrio en la realidad. Rabor alargó la mano hacia el interruptor situado junto al camastro para activar la tira luminosa instalada en el techo, pero algo le detuvo y, en cambio, fue hasta el que estaba situado en la entrada.

La luz inundó el aposento, y su mirada se vio atraída hacia el otro interruptor.

En el lugar por el que habría pasado la mano, había un cuchillo incrustado en la pared. Clavado bien arriba en la hoja, cerca del mango, había un mensaje.

Lanzó un gruñido.

—Erebus...

Davin estaba tal como el primer capellán lo recordaba, con extensas praderas que se fundían con los desiertos rojos situados más allá. La Thunderhawk sobrevolaba la sabana, provocando la estampida de enormes rebaños de ungulados.

—Mantened un vuelo bajo —ordenó a los pilotos—. No deseo anunciar mi presencia.

—Como desees, lord Erebus.

Estaban lejos de la civilización que se resguardaba en los valles montañosos. Ahí fuera, en las llanuras, solo estaban los rebaños y los nómadas que les daban caza.

Escogió una hondonada en los pastizales como lugar de aterrizaje y les ordenó hacer bajar la cañonera en aquel punto, antes de recoger sus pertenencias y encaminarse a la cubierta inferior. Los cinco guerreros de su guardia personal le saludaron con una inclinación de cabeza mientras descendía.

La nave se asentó sobre el tren de aterrizaje y la rampa delantera descendió, dejando entrar rayos de deslumbrante luz solar. Erebus no llevaba armadura de combate, solo los toscos ropajes de un monje mendicante. Era un apóstol de la verdad, y la verdad exigía humildad, por mucho que eso pudiera irritar a su acostumbrado sentimiento de grandeza. A la espalda llevaba una pequeña mochila de provisiones, suficientes para unos cuantos días; también esta era de confección sencilla, con burda estopa cosida en las aberturas causadas por el desgaste propio del uso y el tiempo. Un athame centelleaba sujeto a la cintura, funcional y sin

adornos. El único objeto ostentoso que llevaba era el rollo de espléndido terciopelo que se había echado sobre el hombro, pero este permanecía oculto, cubierto de mugrienta arpillera atada con una cuerda.

—Debéis regresar a la *Mano del Destino* —informó a sus hombres—. El capitán Voregar tiene órdenes de reincorporarse a la flota. Esperadme allí.

—¿Cómo regresarás, señor? —preguntó Undil—. ¿Contactarás con la guarnición? Estamos lejos de...

—No te preocupes por eso, hermano sargento. Regresaré antes de que lleguemos a Ultramar.

El sargento vaciló y volvió a efectuar una reverencia.

—A tus órdenes, señor.

Erebus descendió a la hierba seca de la sabana y avanzó pesadamente hasta una distancia prudencial mientras los motores de la cañonera aceleraban a máxima potencia con un aullido. La turbulencia de los tubos de escape provocó incendios en la hierba.

Contempló como la Thunderhawk seladeaba, dirigía la roma proa al cielo y ascendía veloz. Los ecos de su paso retumbaron sobre las llanuras, y se quedó solo. El suspiro del viento, el chisporroteo de hierba en llamas y el mugido de animales aterrados a lo lejos le envolvieron.

Cerró los ojos e inspiró hondo. El aire era caliente, con efluvios de tierra seca y animales bajo el olor a humo. Aquí, en el sistema Davin, la conversión de Horus había puesto en marcha su plan más ambicioso. Su regreso era una especie de vuelta a casa.

El fuego empezó a extenderse por los pastos secos, avivado por el viento. Erebus acomodó su carga sobre la espalda y empezó a caminar.

La sala era lo bastante grande como para dar cabida a más de un centenar de legionarios, y sin embargo tenía problemas para contener los egos reunidos de los cinco Word Bearers que la ocupaban en ese momento. Eran los más importantes dentro de las filas de la legión, todos ellos ataviados con sus mejores galas como si fueran a combatir. Sus miradas hostiles mostraban una desconfianza manifiesta; en el pasado algunos habían estado tan unidos como si tuvieran lazos de sangre, pero en los últimos tiempos habían competido con ferocidad entre sí a medida que el cariz de la XVII Legión cambiaba, y el sentimiento de hermandad se desintegró rápidamente ante la embestida de la ambición.

Kor Phaeron, con todos sus imponentes títulos, se consideraba por supuesto el jefe de la reunión, y su arrogancia era bien patente para

el resto: Morpal Cxir, Phael Rabor, Foedral Fell y Hol Beloth, a los que su engreimiento irritaba sobremanera. Les dedicó una sonrisa peligrosamente parecida a una mueca despectiva mientras se congregaban alrededor de la más interior de las ocho mesas concéntricas, cada uno ocupando su lugar en una punta de la estrella del Caos insertada en la superficie de granito.

La aparente benevolencia desapareció de la expresión de Kor Phaeron cuando Quor Vondar penetró en la habitación a grandes zancadas. Sus ojos oscuros centellearon.

Vondar se aproximó a la mesa.

—Hermanos míos —dijo, aunque el saludo fue de una brusquedad que rayaba en la insolencia.

Permaneció de pie junto a una de las tres sillas vacías pero no tomó asiento. Su entrada había puesto fin a la poca conversación en curso.

Kor Phaeron le dirigió una dura mirada.

—Hechicero, tu poder se extiende profundamente en la disformidad, pero esperamos un poco más de cortesía. Te dirigirás a nosotros como es debido.

—Uso aquella cortesía que está justificada.

Vondar arrojó un cuchillo de hoja negra sobre la mesa. El arma patinó sobre las inscripciones de la superficie y fue a detenerse, girando sobre sí misma, delante del cardenal negro.

—¿Qué significa esto? —exigió Vondar.

Kor Phaeron pasó despacio la mirada del cuchillo a Vondar como un profesor armado de paciencia dispuesto a conseguir la comprensión de un hecho evidente por parte de un alumno corto de entendederas.

—No tengo nada que ver con esto, maestre Vondar. Esto es cosa del apóstol oscuro.

—¡Erebus no hace nada sin tu conocimiento y connivencia! —le espetó el hechicero—. No soy ningún humilde lacayo al que puedas...

—¡No somos salvajes! —gruñó Kor Phaeron, y descargó un acorazado puño sobre la mesa, resquebrajando la superficie—. Dirígete a mí correctamente, hechicero. Trátame con la cortesía apropiada, o tendrás que vértelas conmigo.

Vondar abrió la boca. Lo que fuera que pensara decir se lo calló.

—Mi señor. Primer capitán. Cardenal negro. Señor de la fe. Mis disculpas —dijo, aunque las palabras resultaron muy poco sinceras.

Kor Phaeron asintió.

—Ahora, *hermano* —musitó—, te aconsejo que te sientes. ¡Siéntate!

—Mi señor. —Vondar ocupó el lugar que le correspondía, mientras sus camaradas murmuraban y le contemplaban con el mismo recelo con que se miraban entre sí.

Recostándose en su asiento, Kor Phaeron agitó una mano con gesto desdeñoso.

—Además, hablas de tiempos pasados, bibliotecario jefe —indicó—. Ahora Erebus es la ley en sí mismo. No soy su guardián. Ignoro el propósito de estos cuchillos, igual que tú. No quiso decirme cuáles son sus intenciones.

—Mi señor... ¿le has visto, entonces? —inquirió Hol Beloth—. ¿Dónde ha estado estos últimos meses?

Antes de que Kor Phaeron pudiera contestar, Vondar volvió a hablar.

—¿Cuchillos? ¿Habláis de muchos cuchillos?

—Todos los llevamos, señor —dijo Phael Rabor—. Observa.

Sacó su propia hoja y la depositó sobre la mesa con un chasquido. Uno tras otro, los demás hicieron lo mismo.

Foedral Fell los contempló de uno en uno.

—Gracias, señores, por apaciguar mis temores —declaró—. También yo había creído que había sido seleccionado por alguna razón. —Mostró una mueca burlona y posó las manos enfundadas en guanteletes sobre la mesa—. Sentir que has llamado la atención de lord Erebus es sentirse como una mosca que ha atraído la atención de la araña.

Todos compartieron una carcajada sombría.

—Así pues, apreciados hermanos —dijo Morpal Cxir—, somos todos nosotros..., todos, los elegidos para dirigir el ataque a la XIII Legión. —Juguetó con su cuchillo, fascinado por él.

Rabor frunció el entrecejo.

—¿Todos nosotros?

Cxir asintió.

—Es todo un regalo. Supongo que implica un gran honor. —La voz sonaba desapasionada, aunque la mirada no abandonaba el filo del arma—. ¿No habéis percibido el poder que emanan? No son athames ceremoniales, sino auténticas herramientas de los dioses.

—¿Cómo conseguisteis cada uno la vuestra? —inquirió Vondar, y fijó la vista en las otras hojas con suspicacia.

Kor Phaeron emitió una risita burlona.

—¿Todavía teméis alguna especie de conspiración desconocida? —El rostro envejecido, forjado genéticamente, se movió de un modo anormal, con la piel demasiado tensada; resultado de su imperfecta promoción a

las filas de las Legiones Astartes—. La desconfianza de mi hermano no resulta apropiada para alguien de su rango.

Vondar le lanzó una mirada feroz.

—Me pedís que os honre ante los aquí presentes y luego no me ofrecéis más que falta de respeto. ¿Qué hay de la cortesía? No me habléis de ese modo, *mi señor*.

—Te hablaré comoquiera que elija, maestro Vondar.

El bibliotecario apretó los dientes y se alzó abruptamente del asiento.

—¿Qué os da ese derecho? A vos, que no sois realmente uno de nosotros, y nunca podréis serlo. ¡No sois un hijo de Lorgar! No como lo somos nosotros, ni cualquier otro hermano legionario, incluido el novicio más humilde.

Kor Phaeron se levantó, y las sombras que lo rodeaban parecieron intensificarse.

—No te equivocas en eso. No puedo afirmar ser tu hermano como puede hacerlo esta... *chusma*. —Su voz resonó con el fragor de la eternidad, y sus ojos centellearon con espectral luz de disformidad—. No soy hijo de Lorgar. Soy su padre. Haréis bien en no olvidarlo.

Quor Vondar volvió a dejarse caer en su asiento, aunque la mirada del cardenal negro no titubeó. El olor a azufre flotó en el aire.

Poco a poco, la tensión desapareció.

Cxir carraspeó.

—Señores, por favor. Contestaré a la pregunta del maestro Vondar, ya que es una que sin duda todos nos hemos planteado.

Miró a los demás antes de proseguir.

—El mío surgió de la nada. Estaba sentado a la mesa, preparándome para celebrar un banquete con mis veteranos preferidos. Inclínamos las cabezas para dar gracias al dispensador de vida Nurgle. Cuando las alzamos, ahí estaba.

—Sí —dijo Fell, alzando su nueva arma—. Surgió de la nada.

—Pero ¿cómo puede ser? —preguntó Rabor—. No estoy tan dotado para las artes oscuras como muchos de vosotros, pero confieso que tampoco creía que Erebus fuera capaz de tal magia.

Morpal Cxir sacudió la cabeza.

—Todo lo que emana del apóstol oscuro debe ser abordado con suma precaución. Él ve cosas que muchos no vemos, y su forma de actuar no siempre es la de la Decimoséptima.

—La letra era la suya. El llamamiento es suyo —dijo Vondar—. No pienso ser un peón en una intriga clandestina.

—¿Le viste entrar en tus aposentos, entonces? —preguntó Kor Phaeron en tono malicioso.

Vondar negó con la cabeza.

—¿Le percibiste al menos, gran jefe de los bibliotecarios? Nos obsequias tan a menudo con relatos de tu poder arcano...

Cxir alzó una mano para apaciguar los ánimos. No se mofó como hacía Kor Phaeron.

—No se puede negar tu poder, maestre Vondar. Pero ¿cómo pudo acceder a tu santuario sin atraer tu atención?

El rostro de Vondar se contrajo. Lo habían abochornado, pero no podía decirlo de buenas a primeras.

—Vamos, hechicero... es una parte vital del rompecabezas —intervino Kor Phaeron.

—Señores, me veo obligado a admitir que no vi ni noté nada. Tan solo una corriente de aire al paso del arma. Mis sentidos y mis guardianes me fallaron.

Kor Phaeron asestó un manotazo a la mesa y lanzó una carcajada. Fue un sonido desagradable.

Vondar enrojeció colérico.

—Y ¿cómo, pues, si se me permite preguntar, obtuvo el gran lord Kor Phaeron su presente?

—¿Cómo iba a ser? Lord Erebus en persona entró por la puerta y me lo obsequió, y juntos planeamos esta deliciosa reunión. Al fin y al cabo, soy el comandante elegido por el primarca para nuestra próxima campaña.

La insinuación por parte del primer capitán de que Erebus no sentía ninguna consideración por el resto de ellos quedaba clara, y esa era la intención. La ira de Quor Vondar aparecía escrita con igual claridad en el rostro de este.

—Entonces, ¿para qué son? —masculló Hol Beloth—. Sin duda, tú, mi señor... como el primero entre nosotros... debes saberlo.

—No quiso contarme cuál es el propósito de estos athames —admitió Kor Phaeron, haciendo un ademán displicente para restar importancia a su evidente disgusto ante tal hecho—. Solamente qué honorables hermanos estaban destinados a recibirlos. ¿Quién soy yo para negarle al apóstol oscuro sus golpes de efecto?

Cxir volvió a alzar la mano.

—En ese caso, dejémonos de discusiones y comparémoslos. Tal vez sus diferencias tengan algún significado.

—Sí —coincidió Beloth, en un tono que mostraba a partes iguales entusiasmo y desconfianza.

Colocaron las puntas de las dagas mirando hacia dentro. Aunque todas eran similares —empuñaduras envueltas en cuero o alambre, con inscripciones en forma de runas doradas y cintas piadosas atadas a ellas—, sus hojas eran sensiblemente distintas. Torcidas o más rectas. Una era ahorquillada. Otra tenía los bordes ondulados. Todas, sin embargo, estaban forjadas del mismo metal silíceo negro que hería la vista.

—Seis dagas —dijo Fell—. Si son en verdad herramientas del Caos, entonces debería haber al menos ocho.

—Lord Erebus llevará sin duda la séptima consigo —dijo Hol Beloth.

—Aun así, sigue faltando una, capitán —indicó Rabor.

Quor Vondar frunció el entrecejo.

—Todos los miembros de la Legión elegidos para dirigir el próximo ataque están presentes, salvo el apóstol oscuro.

—¡En efecto! —declaró Erebus a la vez que entraba a grandes zancadas en la estancia. El repentino sonido de su voz provocó que Fell y Cxir se alzaran de sus asientos—. Y es este noble legionario quien llevará la octava.

Otro guerrero entró tras él: el sargento Kolos Undil, jefe del cuadro de guardaespaldas de Erebus.

—¿Un simple sargento? —preguntó Rabor con enojo—. Eso es una falta de respeto hacia nosotros, lord Erebus.

Hol Beloth torció el gesto.

—Yo... a diferencia de mis hermanos, por lo que parece... aprecio en todo su valor el honor que se nos hace con estos espléndidos athames, lord Erebus. Pero colocar a un mero sargento a la misma altura de un capitán reduce la valía de estos presentes...

Erebus tomó asiento en la mesa.

—Obsequiar a los partidarios leales con un arma así, aun cuando se trate de un simple sargento, no disminuye en absoluto la autoridad del resto, ni el honor de llevar una.

Indicó con un gesto el último sitio vacante, invitando a Undil a sentarse. El sargento ocupó la silla con pausada elegancia y miró a los ojos a sus superiores sin temor.

—Undil es tan leal como cualquiera de vosotros —añadió Erebus, teniendo buen cuidado de dedicar una respetuosa inclinación de cabeza a Kor Phaeron.

Los demás adoptaron una actitud cauta. Undil era un guerrero reputado, tan devoto como su señor y casi igual de retorcido.

—No me gusta esto, apóstol oscuro —dijo finalmente Fell.

—Ni a mí —se unió Cxir—. Ya hay suficiente ambición en esta sala tal y como están las cosas. ¿Pretendes arrojarnos unos contra otros en una guerra declarada o en duelos de honor?

Undil inclinó la cabeza.

Erebus lanzó una carcajada.

—Ya sois dignos de este honor, señores, como lo es Undil. —Erebus dibujó una sonrisa enigmática, la cicatriz que le cruzaba la garganta era un pálido reflejo rosado de ella—. Y ahora, mi señor Kor Phaeron, ¿empezamos? Creo que este es el momento de revisar nuestras estrategias para el ataque a Calth.

Beloth alzó las manos, exasperado.

—Venga ya... todos conocemos el plan, apóstol oscuro, y nuestra participación en él.

—Hay más cosas que todavía tengo que añadir —repuso Erebus con aire de superioridad.

—Entonces añádelas.

—Lo hará, lo hará —intervino Kor Phaeron—. No es propio de nuestro primer capellán emplear tanto dramatismo sin ofrecer una revelación final.

A continuación volvió la cabeza hacia Erebus, y su actitud adquirió una mayor firmeza.

—Me aseguré que se explicaría, y eso hará.

El rostro de Akshub delató solo una chispa de aprensión cuando Erebus entró en el campamento nómada. Hay que reconocer que ella fue la única que permaneció allí inmóvil mientras los miembros de la tribu retrocedían ante él, un gigante surgido de la noche.

Los lugareños eran criaturas repulsivas, enjutas y nervudas; escoria deteriorada de la humanidad con más aspecto de bestia que de hombre. Erebus los despreciaba, a pesar de que habían demostrado su valía en el pasado.

La sacerdotisa le observó con atención mientras se acercaba.

—Me has encontrado en seguida —murmuró.

Los ojos oscuros de la mujer, muy separados entre sí, eran ilegibles, y el reflejo de las llamas de las hogueras danzaba en ellos.

Erebus se detuvo.

—¿Sabías que había sobrevivido?

La cicatriz que tenía en la garganta le escoció al hablar. Había estado esperando ese momento durante mucho tiempo y pensaba disfrutarlo.

Sin embargo, la respuesta de la sacerdotisa le hurtó cualquier satisfacción.

—Preví tu regreso. Te he estado esperando.

El apóstol oscuro refrenó su creciente ira. No era ese el momento de la venganza, pero no pudo resistir el impulso de dominarla. Se irguió imponente ante ella, bajo el crepúsculo teñido de rojo.

—Intentaste matarme.

La mujer ladeó la cabeza y frunció los labios. Una cuentas de hueso tintinearon en sus cabellos. Tenía un aspecto más bárbaro que la última vez que Erebus la había visto; en las profundidades de Delphos, donde ella lo había degollado.

—Y sin embargo no lo hice, noble guerrero —respondió la sacerdotisa—. Tenía que derramar tu sangre para que el hechizo tuviera éxito. Debería haberte quedado claro... el último acto de fe. —Dio un paso hacia él—. La guerra ha empezado, tal y como tú y tus amos deseabais.

—Así es.

La mujer se encogió de hombros.

—Entonces todo va bien. Es tal y como te dije. Tu muerte era necesaria.

—Fue... una sorpresa desagradable. Tu intención era darme muerte.

El recelo la embargó, pero el orgullo encubrió el miedo que sentía.

—Y ¿ahora buscas venganza? No hice más que lo que se me pidió. Deberías tener cuidado al solicitar favores a los poderes más omnipotentes, guerrero.

—En ese caso seré más preciso con mis palabras en el futuro, adivina —respondió él, a la vez que se desprendía de la mochila que llevaba a la espalda y la depositaba sobre el suelo a sus pies—. Estoy fatigado, pues he caminado un largo trecho para encontrarte. ¿No puedes ofrecerme algún refrigerio? ¿Un poco de agua, tal vez?

—¿No estás aquí para matarme, entonces?

Erebus cruzó los brazos sobre el pecho.

—Si puedes ver el futuro, entonces ya conoces la respuesta.

Ella sonrió enigmáticamente, una expresión repugnante en un rostro tan degradado.

—¿Qué sabes tú de lo que yo veo, mi señor? Te diré lo que veo. Veo que te has vuelto poderoso. Te ha ido bien. Pero debes saber esto, mano del destino: siempre existirán cuestiones de las que seguirás sin saber nada, sin importar lo importante que llegues a ser.

Erebus asintió con semblante contrito.

—Tienes razón, Akshub, y, si bien me duele decirlo, eso no lo convierte en menos verdad. Por eso he venido: para aprender de ti. Tu poder

me dio una lección de humildad en aquel momento, y, por lo tanto, en ti reconozco un conocimiento mayor que el mío.

Cayó de rodillas e inclinó la cabeza.

—Permíteme ser tu acólito.

Alargó la mano para coger el rollo de arpillera y desató el cordel que lo rodeaba. Con gesto reverencial, extendió el terciopelo negro del interior sobre el suelo y arregló con cuidado el contenido.

Centelleando a la luz de las hogueras había ocho cuchillos: athames de exquisita y brutal factura.

Eso la sorprendió, y él recuperó su sentimiento de satisfacción.

—¿Esto es... era... el anatam? —musitó ella.

—Fragmentos desgajados de la hoja por mi propia mano, de acuerdo con los antiguos rituales. —Extendió los brazos a ambos lados, con las palmas hacia arriba—. Los maduré en la sangre de los No Nacidos y los convertí en estos magníficos instrumentos; cada uno parecido, pero sin que haya dos iguales.

La mujer alzó la mirada, con expresión cauta.

—¿Cómo aprendiste esto?

—La forja fue sencilla, porque los dioses exigieron que así fuera. Precisamente tú, poderosa Akshub, deberías saber que no se puede desafiar a su voluntad.

La sacerdotisa arrugó la nariz.

—¿Su voluntad? Tu voluntad, creo yo. Y ¿ahora quieres que te recompense por este sacrilegio? —Los huesos de sus cabellos tintinearono cuando negó con la cabeza—. No. Jamás.

—Los dioses lo decretaron, adivina.

Ella le miró fijamente y soltó un largo suspiro. Rascándose el cuero cabelludo con una uña rota, tomó asiento en el suelo sin dejar de refunfuñar. Las extremidades se le habían anquilosado desde su último encuentro.

—Tal vez, tal vez —masculló—. ¿Qué es lo que quieres de mí?

Erebus volvió a postrarse ante ella.

—Ayúdame. Ayúdame a ganar la guerra y a llevar la luz del Caos a todos los rincones de la galaxia. Poderosa Akshub, te lo imploro, enséñame el camino a los senderos entre los mundos.

Al mismo tiempo que las palabras abandonaban los labios, Erebus sonrió a la tierra bajo su rostro.

Akshub pasó la noche en comunión con sus espíritus benefactores. Calentó la tienda hasta niveles casi insoportables, amontonando gran

cantidad de estiércol sobre el fuego, y selló herméticamente el espacio, los faldones de puerta y ventana, y la abertura del extremo superior por la que normalmente saldría el humo. El lugar se llenó de un tufo asfixiante mucho antes de que ella empezara a arrojar hierbas y polvos a las llamas y a inhalar los espesos vapores.

Erebus contempló, con ojos llorosos, cómo la anciana bruja llevaba a cabo su magia. Pugnó por permanecer vigilante, por aprender lo que pudiera, pero los cánticos de la mujer invadieron cada uno de los rincones de su mente y lo condujeron a lugares que más tarde no consiguió recordar.

No se durmió. De eso estaba seguro.

De improviso, había luz y el fuego estaba apagado. Erebus parpadeó. Habían abierto el faldón de la puerta a su espalda. Fuera, el suelo de tierra estaba revuelto, con distintas pertenencias desperdigadas por todas partes. Los miembros de la tribu habían huido, aunque era imposible saber cuánto tiempo hacía.

Akshub le clavó el dedo en el hombro con fuerza.

—Muy bien, noble guerrero. Nos vamos. Te enseñaré lo que deseas. Los dioses lo quieren. —Echó una veloz mirada al rollo de terciopelo que contenía los ocho athames, antes de agachar la cabeza para abandonar la tienda.

La adivina quemó los restos del campamento, luego llevó a Erebus a través de la sabana a lo largo de ocho días y ocho noches. Durante las horas de oscuridad, cuando la enorme y desvaída luna de Davin flotaba pesadamente en el firmamento, le contaba más cosas sobre los reinos de los dioses. Hacía que entrara en trance, guiando su mente a las periferias del empiro, para mostrarle los caminos ocultos mediante los cuales una mente podría pasar al otro lado.

—Somos siervos de los dioses, y por eso vamos con más facilidad —explicó la mujer—. Pero son caprichosos, y hay muchas cosas oscuras de escasa importancia que habitan en el interior de ese océano y anhelan el fuego de nuestra alma. Debes mostrarte cauteloso en todo momento. No te fíes de nada, no pienses nada. No sientas nada. Todo lo que puedas imaginar puede destruirte.

—Entonces, ¿qué nos protege? —preguntó él—. ¿Por qué no fui devorado cuando me enviaste por ese camino antes?

La mujer desvió la vista al interior de la oscuridad malva del cielo nocturno de Davin.

—¿Piensas tal vez que son tus bonitos tatuajes? ¿Tus palabras especiales? O ¿crees acaso que tienes su favor, «mano del destino»? —Volvió a

mirarle, casi enfadada—. No, nada de eso, lord Erebus. Nada de eso te protegerá. Se nos protege porque hacemos el trabajo de los dioses, y debido a nuestra devoción. Nuestra ambición, nuestra voluntad, nuestra determinación. Esas cosas les son gratas. Es por eso que pasaste libremente antes.

—¿Podré volver a hacerlo?

Akshub no dijo nada, limitándose a hurgar ociosamente en la tierra con un rígido tallo de hierba. Volvió a echar un vistazo al rollo de tela que contenía los cuchillos.

—Sé lo que tú y el ser dorado tenéis pensado. Mis poderes me dicen que intentarás invocar la Tormenta Devastadora sobre la galaxia y remover los océanos del tiempo para crear una tempestad. Es por esto que estás aquí; no tan solo para cruzar el velo que divide. Reunirás tus naves y navegarás sin trabas mientras otros zozobran. Eso es lo que quieres aprender. —Aspiró por la nariz y masculló para sí—: Hechicería muy poderosa, ya lo creo.

Erebus no lo negó.

—¿Lo conseguiré?

El tallo de hierba de la mujer arañó el polvo, escribiendo cosas que solo ella podía ver.

—Ya lo veremos —respondió con brusquedad—. Ya lo veremos.

De día caminaban, en dirección a una lejana cordillera de montañas oscuras. Ni un alma se cruzó en su camino. Erebus rememoró la última vez que había pisado la superficie del planeta.

—Las llanuras y los asentamientos están casi vacíos —comentó—. Aunque, por supuesto..., el éxodo ya ha comenzado, ¿verdad? —Con una sonrisa petulante, dirigió sus palabras a la espalda de la sacerdotisa que andaba por delante de él—. Dime, ¿por qué no te uniste a ellos? ¿Por qué no llevaste a tu tribu a las estrellas, como tantos de los otros sacerdotes?

Akshub no respondió.

Los ocho legionarios hablaron largo y tendido sobre los planes para la batalla que se avecinaba: la emboscada a los odiados Ultramarines de Guilliman que abriría de par en par el camino a Terra. Su derrota sería un golpe a la moral de los llamados partidarios del régimen; el reino de Ultramar que Guilliman gobernaba era un modelo de lo que el Emperador decía que siempre había deseado para el Imperio.

«Mentira, todo ello», pensaba Erebus. El Emperador buscaba únicamente la propia exaltación, y dejaría que la humanidad se pudriera.

¿Acaso no llevaba milenios escondido? La humanidad caería tal y como los eldar habían caído, sin haber explotado su potencial, todo por culpa del deseo de glorificación del Emperador. Era algo que le había sido revelado hacía muchísimo tiempo.

Conversaciones sobre emboscadas, códigos no autorizados, engaño y asesinato le envolvieron. Todos conocían la estrategia de cabo a rabo. Había transcurrido casi un año desde que Lorgar les encomendara a él y a los demás la destrucción de la XIII Legión, y los planes de Kor Phaeron llevaban tiempo en marcha. Dejó que el cardenal negro hablara, algo que a este le encantaba hacer. Tan seguro de sí mismo, ese medio hombre; tan seguro del afecto de su hijo adoptivo. Le llenaba de orgullo estar al mando del ataque.

De todos modos, Erebus sabía que también Kor Phaeron tenía una espina clavada: su propia negativa, hasta el momento, a revelar el propósito de aquellos athames especiales. Tal cosa complacía al apóstol oscuro, pues Kor Phaeron y él, en el pasado conspiradores con una estrecha relación, últimamente acostumbraban a andar más bien a la greña.

Observó a los demás. Quor Vondar, henchido de confianza en sí mismo. El amargado Foedral Fell, enojado debido a tareas que consideraba impropias de su posición. Hol Beloth, sediento de poder. El sanguinario Rabor; el cauteloso Cxir. Todos estaban absortos de algún modo en sus propios intereses, pero solo Morpal Cxir parecía preocupado de verdad. El ataque era esencial para ganar la guerra más importante, pero tendría un coste elevadísimo, por mucho que la sorpresa y el miedo estuvieran de su lado.

Mientras paseaba la mirada por el círculo de Space Marines, que discutían y maniobraban por cualquier pequeño honor que pudiera obtenerse, Erebus se preguntó —y no por vez primera— si había sido la intención de Lorgar que el liderazgo en esta batalla fuera un honor. Era una campaña crucial, pero también resultaría cruenta. No todos ellos sobrevivirían. Tal vez Cxir, que no dejaba de ojear su cuchillo, empezaba a darse cuenta de ello.

No importaba. Erebus completaría su parte en el ritual. El gran conjuro había sido preparado, y el resto de la legión avanzaba ya por Ultramar. Tenía marcado el lugar de la invocación; había reunido a los acólitos y memorizado la miríada de nombres de los demonios que convocaría.

Todo estaba preparado.

Cxir alzó los ojos hacia él, sin hablar. Erebus asintió.

En las ruinas de un viejo templo en las estribaciones de la montaña custodiado por centinelas de rostros adustos, Akshub empezó a enseñarle la forma de abrir la membrana de la realidad.

Los primeros intentos del apóstol oscuro fueron torpes y humillantes. Pasaba el cuchillo de Akshub por el aire como se le indicaba, pero raras veces provocaba el desgarro, e incluso entonces resultaba demasiado pequeño o efímero. Muchos esclavos del templo fueron violados y sacrificados antes de que consiguiera dominar a fondo esa primera parte del ritual.

—Introducir la mente en el empíreo es una cosa, guerrero, pero penetrar de forma corpórea en ese lugar es otra. —Le asestó unos golpecitos en la nuca para dar más énfasis a las palabras—. Debes concentrarte. ¡Aprende! ¡Observa!

La hechicera recuperó su cuchillo, murmuró las palabras correspondientes y deslizó la hoja a lo largo de un ángulo que las dimensiones terrenales no podían describir. Una rendija de luz hendió el aire.

Con una sonrisa salvaje, Akshub desapareció.

Erebus volvió a advertir que ella no necesitaba ningún sacrificio para abrir el camino, y, por un momento, su determinación flaqueó.

«Paciencia», se dijo.

La mujer regresó como lo hacía siempre, trayendo consigo otra víctima en trance para que Erebus la desangrara en honor a los dioses; luego él volvería a intentarlo.

Por la noche, Akshub lo mantenía despierto, obligándolo a meditar para despejar la mente y salvaguardar el alma. Le blindó el espíritu con conjuros, pero la falta de sueño empezó a hacer mella en él, a pesar de los dones genéticos de los Legiones Astartes.

El número de cabezas de esclavos de ojos vidriosos que la mujer apilaba en el extremo opuesto del templo —la marca para el reingreso de Erebus al reino material— aumentaba sin cesar.

Entonces, el sexagésimo cuarto día, él lo consiguió.

Efectuó el pase con el cuchillo, exhausto hasta lo indecible; agotado por la repetición incesante del hechizo e irritado hasta el límite de su paciencia por las imprecaciones e insultos de Akshub. Se sentía embotado por dentro y las palabras brotaron de los labios de un modo inconsciente.

—¡Sí! ¡Sí! —chilló la hechicera—. ¡El camino, está abierto! Ahora ve. Ve. Resguarda tu mente. Recuerda todo lo que te he dicho.

Erebus alzó los ojos y cruzó al otro lado sin vacilar.

¿Qué sintió? Que daba volteretas; cosas que tiraban de él; un poder enorme e inquebrantable. Contemplar el interior de la disformidad con la mente era una cosa, pero estar físicamente dentro de ella...

Jamás podría haberlo descrito con palabras. Pocos podrían, ya que penetrar en ese reino era la muerte para cualquier alma. Y sin embargo...

Percibió dónde debería salir con sentidos que no sabía que poseía, y rodó por el suelo tan solo a un par de metros de distancia del montón de cabezas en descomposición.

Akshub se sentó junto a él mientras permanecía tumbado, jadeando. Lo miró de arriba abajo, luego alargó la mano y cerró los ojos. Susurró un encantamiento de adivinación y sondeó la mente de Erebus con la suya, antes de que sus ojos inhumanos volvieran a abrirse de golpe.

—Eres tú. Nada conduce tu cuerpo.

Erebus se incorporó del suelo, agotado.

—Ahora descansa —dijo Akshub, con un atisbo casi imperceptible de orgullo en la voz—. Mañana lo repetiremos.

Los viajes de Erebus fueron cada vez más prolongados. Primero fuera de las ruinas, luego hasta las praderas, más adelante al interior de asentamientos situados mucho más lejos. El apóstol oscuro merodeaba por las calles polvorientas durante la noche. No desentonaba en los poblados más grandes, ya que los Word Bearers estaban presentes en la zona, aunque cada vez que avistaba a sus hermanos legionarios corría a ocultarse. Tenía que hacer un gran esfuerzo para mantener la compostura, tal era su sensación de triunfo que de buena gana lo gritaría a los cuatro vientos.

Empezó a traer sus propias víctimas al regresar a la madriguera. El lugar se tornó fétido, atestado de moscardones y apestando a sangre coagulada. Para los viajes más cortos, sin embargo, ya no necesitaba matar.

Comenzó a planear viajes cada vez más largos: al principio tan solo en etapas pequeñas, hasta que pudo dar la vuelta a todo el planeta en una sola noche.

El efímero orgullo de Akshub respecto a sus enseñanzas se convirtió en recelo a medida que aumentaban las habilidades de su pupilo. La sacerdotisa guardó las distancias y adquirió una actitud totalmente pasiva. Apenas le hablaba, pasando largos períodos de tiempo aparentemente en trance, pero no hizo nada para interrumpir su aprendizaje.

Entonces él se atrevió con la luna, y permaneció de pie en sus ciénagas bañadas por la luz del día, contemplando estupefacto la cara nocturna de Davin donde había estado apenas unos segundos antes.

Sin importar lo lejos que fuera, variaba muy poco su percepción del tiempo pasado dentro de la disformidad. Las sensaciones de poder y miedo eran las mismas. La pugna por mantener la mente en blanco de todo salvo el punto de destino. El torpe salto de un reino a otro. Carecía de la elegancia de Akshub, pero sabía que él podía ir más lejos que ella. Había acabado siendo más poderoso que la sacerdotisa, y ambos lo sabían.

Ella dejó de guiarlo y dejó de comer. Erebus supuso que se preparaba para el final. Eso le irritó, pero aun así la mujer no abandonó el templo.

El apóstol oscuro se impuso una prueba definitiva.

Apareció en sus aposentos a bordo de la *Mano del Destino* con un gran estrépito, escupido con violencia de la disformidad. Se estrelló contra su atril de hierro, esparciendo libros, manuscritos y placas de datos por el suelo.

Entre carcajadas, volvió a dejarse caer sobre todo ello. Rodeado por un revoltijo de conocimiento arcano, rió largo y tendido.

Localizó una nave que se movía a toda velocidad por la disformidad, sin ninguna baliza ni señal rastreadora. Llegó al interior de su cerrado y asegurado sanctasanctorum, sin que nadie detectara su presencia en modo alguno.

—De veras soy la «mano del destino» —murmuró para sí.

Marchó otra vez antes de que lo descubrieran, de vuelta al templo en ruinas en el otro lado del Segmentum Ultima.

Había llegado la hora de que aquella vieja bruja muriera.

—¿Tan seguro estás de ti mismo, lord Kor Phaeron, que te consideras digno de los secretos de los mismos dioses? —preguntó Erebus.

—¡Soy el más importante de todos los servidores de los dioses! —insistió Kor Phaeron—. Los he seguido desde tiempos remotos y exijo conocer su propósito. Ellos no me repudian, apóstol, y sin embargo tú lo hacas. Prometiste revelar el propósito de estos athames. Hazlo, te lo ordeno.

Erebus le miró con enojo. El anciano lo desilusionaba.

—Que así sea, mi señor. Al igual que los frascos de disformidad, son regalos de los dioses. Poseen el poder de proteger al que los empuña de cualquier daño, o de ayudarlo a llevar a cabo grandes hechicerías. De todos modos, debéis saber que estas cosas dependen de la habilidad de aquel que las lleva.

—Esto es peor que enigmático, mi señor —indicó Undil con una mueca de complicidad.

Foedral Fell lanzó una carcajada.

Erebus se encogió de hombros.

—Cuento verdades a los sordos, entonces. Estos athames no son meras piezas rituales, sino herramientas de iluminación. Una herida infligida con ellos puede convertir al héroe más poderoso a nuestra causa, abriendo sus ojos a la majestuosidad del Caos, y a la perfidia del Emperador.

—No percibo tal poder más allá del don de la muerte —masculló Quor Vondar, sosteniendo el arma cerca de sus ojos cerrados—. Aunque hay un eco de... algo. —Arrugó la frente, como si hiciera un esfuerzo por escuchar.

—Como he dicho, maestro Vondar —repuso Erebus con frialdad—, dependería de las habilidades de quienes los llevan. Podría usarse para cualquier propósito que uno tuviera en mente.

Kor Phaeron pareció contemplar su cuchillo bajo una nueva perspectiva.

—¿Dices que son herramientas de iluminación? —preguntó con ojos centelleantes—. ¿Iluminación o corrupción?

—De *conversión*, mi señor. Entre otras cosas.

—Y, sin duda, no nos contarás cuáles son esas cosas, ¿cierto? —dijo Cxir.

—Los dioses no os servirán el poder en bandeja, señores, ni tampoco yo. Uno tiene que aprenderlo y hacerse con él. Aprended como he hecho yo o quedaos por el camino en los meses y años venideros. La elección es vuestra... yo me he limitado a daros un punto focal para vuestros futuros afanes, con la esperanza de que podréis... —Su voz se apagó, y bajó los ojos al suelo—. Bueno, ahí lo tenéis. Veo un toque de grandeza en cada uno de vosotros.

—Por supuesto —dijo Fell—. Pero ¿por qué? Dínoslo, o no cogemos tus cuchillos, sin importar qué maravillas prometas. No esperarás que sigamos tus susurros tan ciegamente.

—No, claro que no.

—Entonces, ¿por qué motivo nos entregas estos athames?

Erebus sonrió de oreja a oreja y se contuvo por un instante, saboreando la reprimida irritación de los allí presentes.

Rabor arrojó sobre la mesa su cuchillo y se puso en pie.

—El destino —respondió Erebus por fin, y un delicioso escalofrío le recorrió la columna vertebral al escucharlo.

Akshub le esperaba cuando regresó. Le observó mientras iba hacia ella.

—He aprendido todo lo que podía de ti, sacerdotisa —anunció Erebus, despojándose de la burda túnica.

—Así es.

—Solo me queda una tarea más, aquí.

—Ya lo había anticipado —convino ella.

No opuso resistencia cuando él se arrodilló y la clavó al suelo, en el centro del templo, con siete de los athames, cuyas hojas antinaturales se hundieron en la piedra como se hundirían cuchillos al rojo vivo en el hielo. La mujer gritó cuando él repitió el ritual que le había visto llevar a cabo en el sacerdote davinita el día que había enviado a Erebus al encuentro del señor de la guerra.

Akshub no le suplicó, ni siquiera mientras le quitaba la piel marchita, aunque lanzó un grito ahogado cuando le hundió el último de los cuchillos en los músculos al descubierto del pecho.

Seguía consciente cuando le extrajo el corazón y lo mordió. Los ojos de la moribunda parpadearon veloces mientras su propia sangre le corría a él por la barbilla.

—Es... —siseó— la voluntad... de los dioses...

Curiosamente, murió con una sonrisa en el rostro.

Mientras Erebus masticaba y tragaba, su fisiología transhumana tomó el control. Los recuerdos y pensamientos de la sacerdotisa llegaron a él a trompicones y en fogonazos. La sabiduría de la mujer era suya, y eso le deleitaba...

Masticó más despacio. Había un recuerdo reciente allí que no había esperado.

Un rostro en sombras. Un encuentro furtivo.

Volvió a tragar y dio otro mordisco, los dientes royendo el duro músculo.

Por mucho que intentaba enfocarlo, no conseguía sacar aquel rostro a la luz. Quienquiera que fuera el desconocido, le había contado a Akshub algo que le había brindado una gran alegría.

Erebus supo entonces que le habían privado de su venganza. Ella había esperado a que él la matara. A pesar de lo mucho que había deseado vivir, Akshub había muerto sirviendo a los dioses, tal vez formando parte de algo mucho más importante que él ahora jamás sabría.

Arrojó los restos del corazón a un lado con un grito de frustración y dio un paso atrás, junto a los despojos del cuerpo de la sacerdotisa.

Paciencia.



Kor Phaeron, cardenal negro de los Word Bearers.

Había aprendido lo que necesitaba aprender, pero no estaba contento. Akshub había ganado.

El cuchillo que empuñaba empezó a emitir una nota áspera y perturbadora en los límites de su percepción. Uno a uno, los otros se unieron con su propia nota discordante. Fue un sonido terrible y estridente hasta que el octavo cuchillo cantó, y el estrépito se transformó en algo de una belleza desenfrenada. Tal y como el primarca había escrito, Erebus oyó por vez primera la canción óctuple del Caos, y el futuro se abrió ante él.

Luego las notas fueron apagándose poco a poco.

Erebus arrancó los cuchillos del cuerpo de la sacerdotisa. El último acto de consagración había sido completado, y sus fragmentos estaban listos.

Sintió un hormigueo en la mano al recogerlos. Con un tranquilo ademán pasó uno —el que había seleccionado para ser el suyo— a través de la membrana de la realidad, y regresó a la *Mano del Destino*.

Erebus fue el primero en abandonar la sala, seguido muy de cerca por el sargento Undil. Kor Phaeron mostraba una expresión torva, y al apóstol oscuro se le había agotado la paciencia para soportar más numeritos suyos.

Muchos de los otros legionarios estaban enojados con su cerrilidad. ¿Qué le importaba? También le tenían más que un poco de miedo ahora, y eso le concedía un control sobre todos ellos. Sus objetivos estaban a punto de realizarse. Los fragmentos estarían presentes tal y como necesitaba que estuvieran, y la sangre que derramarían no podía más que acelerar el futuro que había previsto, aunque solo fuera eso.

Si Lorgar tenía verdadera intención de deshacerse de Erebus, iba a llevarse una desilusión. Que los ocho Fragmentos de Erebus ofrecían también ahora a sus camaradas comandantes la oportunidad de escapar de Calth carecía de importancia para él. Si aprendían o no a huir a través del immaterium en el caso de necesitarlo, eso...

Eso era algo que dejaría a la voluntad de los dioses.